

MEDITACION.

DEL EFECTO DE LAS PASIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto malo sucede en el mundo por parte de los hombres, por lo comun es efecto de las pasiones. Multitud de inquietudes, insaciables deseos, sinnúmero de disgustos, turbacion en las familias, guerras en los estados, injusticias, violencias, atrocidades, delitos enormes, herejías, cismas, parcialidades, escándalos, todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amarguras; este es el fruto de las pasiones. El mismo infierno, por decirlo así, es obra suya; aun las mas inocentes no lo son tanto como parece. Buen Dios, un hombre que hace algun uso de su fe y de su razon ¿puede conceder la menor tregua á un enemigo de quien todo lo puede temer, á quien debe todos sus disgustos, y que al cabo le ha de arrastrar al abismo de las mayores desdichas? ¿qué prosperidad podrá resistir á las tempestades que la menor de todas las pasiones es capaz de levantar en el corazon? Todas ellas poseen el maligno secreto de acibarar los gustos mas tranquilos con la mas triste amargura. Una pasion que nos domine basta para amotinar todas las demás. Un desquite, una emulacion, un interés, un odio no reprimido, un orgullo irritado, y sobre todo, una pasion de impureza, ¡santo Dios, que estragos no hacen! En Herodes tenemos un ejemplo harto palpable. Luego que se apoderó de su corazon la ciega y pecaminosa pasion por Herodias, ¿qué efectos tan extraños no produjo? La impiedad, la irreligion y la injusticia. Era Herodias esposa legítima de su her-

mano Felipe; tenia sucesion en aquel casto matrimonio; pero la pasion no se para á discurrir tanto; no mira los objetos tan de cerca. Repudia Herodes su legítima mujer, aunque hija de un poderoso rey, que sabrá tomar satisfaccion de aquel agravio. Cásase públicamente, despreciando el escándalo universal, con la mujer de su hermano. El primer efecto de la pasion es la ceguedad. Juan, aquel hombre justo, aquel hombre santo, reconocido por tal de él mismo, clama, grita, movido de zelo y de religion, contra tan escandaloso amancebamiento. Herodes, no obstante lo mucho que le estima y le venera, gobernándose muchas veces por sus acertados consejos, le manda cortar la cabeza. Esto es lo que puede, y esto es lo que hace una pasion. Llenos están todos los siglos de funestos ejemplos que convencen hasta donde llega la violencia y la tiranía de las pasiones. ¡Con todo eso, se hace la paz con un enemigo tan furioso; nos familiarizamos con estas fieras, las sustentamos, las acariciamos, y despues nos admiramos de los estragos que causan!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que uno de los principales efectos de las pasiones es debilitar la razon, cegar el espíritu y extinguir en el alma la fe. Bien se puede asegurar que no ha habido en el mundo herejia alguna que no fuese efecto ú obra de alguna pasion. En materia de religion, cada pasion es un encanto. Gran prueba es de esta verdad la pertinacia y la obstinacion de los luteranos y de los calvinistas. Toda su terquedad nace del interés, de la ambicion, y sobre todo del amor á la libertad. Desvanézanse las preocupaciones de la voluntad; no se haga caso de las voces de los sentidos; tenga en el alma menos imperio la pasion; cesen las razones de emulacion, de venganza, de or-

gullo y de libertad, y luego se verán convertidos todos los nerejes. No gustan esas reflexiones por demasiado verdaderas, y porque perturban la posesion del error que lisonjea al amor propio, y va un poco de acuerdo con los sentidos. Es artificio de nuestro amor propio el representarnos siempre nuestras pasiones á una luz falsa, á un aspecto engañoso: solos nos parecen violentas, feas, malignas y perniciosas en los otros; pero las nuestras se nos figuran mas humanas y menos odiosas. Mirémoslas sin preocupacion; pensemos de ellas lo mismo que piensan los demás; considerémoslas en sus efectos, y ninguna cosa nos hará formar idea mas cabal de lo que son; siempre ofenden cuando se las mira sin disfraz. Examinemos el verdadero origen de esas inquietudes, de esos disgustos, de esos sobresaltos; no tendremos que fatigarnos mucho; no le encontraremos muy lejos; al punto daremos con el verdadero manantial de nuestras pasiones.

¡Ah, Señor, y será posible que perpetuamente hemos de convenir todos en estas verdades prácticas, sin que jamás llegue el caso de ponerlas en ejecucion! Vuestra gracia, Señor, vuestra gracia; y desde este mismo punto, voy á trabajar sin intermision en domar estos enemigos domésticos; pues ellos solos turban mi quietud, y ponen en tanto peligro mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meæ.
Salm. 50.

Librame, mi Dios y mi Señor, de las sangrientas pasiones que me tiranizan.

Eripe me de inimicis meis, Deus meus, et ab insurgentibus in me libera me. Salm. 58.

Sácame á paz y á salvo, Dios y Señor mio, de las manos de mis enemigos, y defiéndeme de los que se levantan contra mi para combatirme.

PROPOSITOS.

1. Poco importa conocer la violencia y la malignidad de las pasiones si falta el valor para hacerles frente. Ninguna hay que no ponga en peligro la salvacion, ninguna que no sea una enfermedad mortal; pero ¿de qué sirve conocer la naturaleza de la enfermedad si se ignoran los remedios para curarla? El primer medio para domar un enemigo tan temible es no hacer jamas paces ni treguas con él. El que le contempla ya esta vencido. De la porfia y del teson en el combate depende casi la victoria. Contemporiza con una pasion, y cada dia la experimentarás mas imperiosa y mas altiva; conténtala, y te hallarás esclavo de ella. Basta que la dejes respirar un momento para que te ahorroje con grillos y cadenas. Examina cuáles son las pasiones que te dominan, y resuélvete desde este mismo instante a no condescender con ellas ni en la mas minima cosa.

2. Entre las pasiones, á unas se les ha de atacar cara á cara, á otras, por las espaldas, picandoles la retaguardia. Ciertas pasiones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que a medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en tí hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado o el hijo te den motivo de enfado, no les hables palabra. ¿Dominate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegria; sobre todo sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quienes tienes mas razones para negárselas. ¿Gimes oprimido bajo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la des-

pierta; nuye, huye aun de las mas minimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion á la santísima Virgen.

DIA TREINTA.

SAN FIACRO, CONFESOR.

San Fiacro, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la de Francia, fué hijo primogenito de Eugenio IV, rey de Escocia, que comenzó á reinar el año de 606. Deseoso el rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, encargaron de ella á Canon, obispo de Sodera, prelado de ejemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. Halló en el príncipe el ilustre preceptor un bello natural, un corazón noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó medio alguno para formar en Fiacro un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el príncipe al cultivo del obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció no hacerle ya falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la corte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillanteces del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que Dios le habia favorecido

le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descubierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la corte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, le comunicó su intento, y ella se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la corte sin noticia del rey su padre, y corriendo presurosos al primer puerto, encontraron un navio que estaba para hacerse á la vela hácia Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reino.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á san Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles quedarse en algun paraje retirado de su diócesis, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en ejercicios de oracion y de penitencia. La princesa le rogó se dignase señalarle algun monasterio de vírgenes donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salvacion, y nuestro santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo obispo por su aire y por sus modales que eran personajes de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarles sus piadosos intentos. A la princesa la metió en un monasterio, de que era abadesa santa Fara, hermana del mismo obispo; y al príncipe Fiacro le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro santo se vió en su amado del